



XLVIII

LA PERFECTA PRELADA.

DEVOTA sierva de Cristo: Te empeñas en que he de escribirte largo sobre las obligaciones de la Prelada, como lo hice sobre las obligaciones de las súbditas, tratando de la obediencia; y te das tan buena traza, que al fin vas á salirte con ella. Tomemos por tipo de la Prelada á la *mujer fuerte* de la Escritura y fundados en lo que de ella dice el Espíritu Santo, podremos hablar tan largamente como tú desees, pues tendremos que comentar el capítulo treinta y uno del precioso libro de los Proverbios. Sobre el mismo tema fundó el esclarecido maestro Fr. Luis de León, gloria y prez de las letras españolas, su interesante obrita de la *Perfecta casada*: y pues el asunto no se presta menos á esto que á lo otro, nadie extrañará que del modelo de la *mujer fuerte* copiemos el de la *Perfecta Prelada*, título que damos á la presente.

Queriendo, pues el Espíritu Santo encarecernos el mérito y valor de una *Prelada perfecta*, lo raro que es ese tipo y lo mucho que escasea, empieza preguntando:

¿Mulierem fortem quis inveniet? Procul et de ultimis finibus pretium ejus. Una mujer fuerte ¿quién la hallará? Esto es: ¿dónde encontraremos una Prelada de corazón valeroso, que cuide muy de veras de la gloria de Dios, de la santificación de su alma y del aprovechamiento de sus hijas? ¿Dónde hallar esa mujer fuerte, que tenga valor para humillar á las soberbias, enfrenar á las relajadas, estimular á las perezosas, quitar idolillos y dijes á las añiñadas, las visitas á las parleras, la vagancia por el convento á las distraídas y las familiaridades impertinentes con sus hermanas á las que no las tienen con el Esposo divino en la oración? ¿Dónde hallar esa Prelada, que trabaje, porque descansen sus súbditas; ayune porque coman ellas; aplaque á Dios, cuando esté con ellas enojado y esté pronta á perder la salud y la vida y la honra mundana, si fuere preciso, para cumplir bien su oficio? ¿Dónde encontraremos esa mujer fuerte, que ahuyente de los locutorios á la gente ociosa, que á ellos va á reir y á perder el tiempo con sus hijas; y á éstas las lleve al huerto cerrado para apacentarlas allí con su ejemplo y su doctrina, siendo á un mismo tiempo madre, doctora, capitana, maestra, consuelo y guía de sus religiosas? Una Prelada de esta clase ¿quién la encontrará? En verdad que ha de ser cosa rara y de mucho precio, como traída de los últimos confines del mundo, esto es, del cielo, pues de allá envía Dios ese regalo á las Comunidades que mucho ama, dándoles por prelada una mujer de su confianza, según añade el texto. *Confidit in ea cor viri sui, et spoliis non indigebit.* Confió en ella el corazón de su Esposo divino y no necesitará despojos.

Mucho confía Dios en una Prelada, pues le entrega lo que más ama en este mundo, sus esposas predilectas las niñas de sus ojos y las hijas de su corazón; y se

las entrega para que cuide de ellas, para que vele por ellas y se las haga perfectas y santas; y ella debe corresponder á esta confianza de Dios, poniendo sus cinco sentidos en el aprovechamiento espiritual de sus hijas. Este es su primer deber, procurar que no falte en su Convento el alimento del alma, las oraciones de regla, el silencio riguroso, los ejercicios espirituales, los confesores extraordinarios, las pláticas de costumbre, las obras de piedad, el rezo en el coro, y las prácticas de mortificación y abnegación cotidiana. Si esto no hace, desmerece la confianza de Dios y desmereciéndola, no le confiará sus secretos, el secreto misterioso de gobernar á las demás y llevarlas por el mejor camino.

Cuando la Prelada es elegida por Dios suele Éste comunicarle en la oración una luz muy clara para conocer los defectos que se deben corregir y las virtudes que se deben practicar; de tal suerte, que parece se le trasluce el interior de las religiosas. Y como en esa oración goza los consuelos divinos y atrae para su convento las bendiciones y las misericordias de Dios, no necesita mendigar en las criaturas consuelos para sí, ni visitas, adherencias y relaciones para su Comunidad, porque sabe que en manos de Dios está el corazón de los hombres y que Él los mueve á su antojo según las necesidades de sus siervas. Y por eso mismo, agradecida al celestial Esposo, le devuelve todos los días de su vida, no el mal, sino el bien recibido. *Reddet ei bonum et non malum omnibus diebus vite sue.* Quiere decir que la buena Prelada todos cuantos bienes ha recibido de Dios en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, en alma y cuerpo, interior y exteriormente, todo se lo devuelva á Dios, empleándolo en su divino servicio y en el de la Comunidad. Y advierte el texto que le devuelve lo bueno y no lo malo; porque los males, las penas, las tribula-

ciones, los trabajos y molestias de su oficio resérvalos para sí, dándole á Dios la gloria y quedándose ella con lo que es cruz y padecer.

Á este primer deber de perfecta Prelada añade el Espíritu Santo otro: *Quæsit lanam et linum et operata est consilio manuum suarum.* Este es el segundo deber de la buena Priora, proveer á sus hijas, no sólo de lo necesario al alma, sino también al cuerpo, para que ellas no tengan que cuidarse más que de servir á Dios y cumplir la regla. ¡Ay de la Prelada que sabe le hace falta algo á una súbdita y dice muy fresca: *Que se aguante ó se lo busque ella!* Ese es lenguaje de demonios; eso y abrir ancha puerta á la relajación es una misma cosa. Y no me digan que no tienen para comprarles lo necesario á las religiosas, porque yo responderé que si no tienen para eso, ¿cómo tienen para obras, para colgaduras, para tornos, para flores, para regalar á grandes y á chicos, haciendo mangas y capirotes de las rentas y limosnas de la Comunidad? Si no hay dineros para que á las religiosas no falte lo necesario, ¿cómo los hay para hacer grandes gastos en las fiestas de la Orden, para telas de damasco, para pinturas preciosas y para tantos donecillos como salen cada día por el torno y la portería?

Y cómo hay valor para decir á la otra que se lo busque, poniéndola así en peligro de volver con el corazón al mundo, y de quebrantar el voto de pobreza y los demás también? Pues, por lo mismo que aquello de que se necesita se lo da un pariente ó un devoto, piensa la religiosa que, pues la Prelada no se lo ha dado, tampoco se lo puede quitar; y así se hace propietaria, llenando su celda de cosas inútiles y vanas, con harto menoscabo de la caridad, de la obediencia y de la pobreza. ¡No; eso no lo puede hacer ni consentir ninguna Prelada que quiera cumplir su deber!

Ella misma ha de buscar el *lino* y *lana* para vestir sus monjas y trabajar con ellas y ganarse el sustento con su trabajo cuando no alcancen las rentas ó las limosnas faltan; que si lo hacen así y son fieles observantes de su profesión, seguramente les enviará Dios lo necesario para la vida. Pero si hay el diabólico prurito de dejar recuerdo de la Prelacia, comprando unas cortinas para la Iglesia, ó un terno para la sacristía, ó haciendo obras y reparos innecesarios en el edificio, entonces no me extrañaría que falte lo necesario á quien gasta lo superfluo; y que viendo las religiosas que no tienen ni lo preciso, pidan á éste y al otro, entablado relaciones y visiteos en que el demonio se lleva la mejor parte.

Si en las Comunidades escasas de recursos se hiciera todo en casa sin dar nada á coser ó lavar fuera; si ellas mismas, yendo la Prelada delante, se ejercitaran en coser, bordar, lavar y planchar ropa de iglesias, en hacer flores artificiales y cosas parecidas, pero todo en común, y nada, absolutamente nada en particular, ni siquiera un escapulario, entonces no solamente tendrían para ayudarse, sino que sería causa de muchos bienes, como he visto por experiencia en algunas partes: mas si esto no se hace ó se hace en particular, para que cada cual corresponda á quien la regale, entonces..... ¡qué dolor y qué bajeza para las esposas de Cristo! Entonces unas pasan el día haciendo roscos, dulces y conservas para sus allegados, la otra en bordarle una relojera á su padrino, la de más allá en hacer muñecas y dijes para los niños de su madrina, y las restantes en cosas por el estilo. No, Margarita mía; no permitas este desorden en tu Comunidad. Provéelas á todas de modo que no les falte lo necesario ni haya nada superfluo; y, para conseguirlo, trabaja con tus manos y haz trabajar á las demás, que las esposas de

Cristo han venido al claustro á servir y no á ser servidas, á trabajar y no á que les trabajen. Y si después de trabajar Dios quiere probarlas haciéndolas sentir alguna vez los efectos de la santa pobreza, bendigan á Jesucristo que las hace semejantes á sí mismo, que nació pobre, vivió en pobreza y murió desnudo en la cruz. Ama esa pobreza, y si ha de haber falta en la Comunidad, esa falta caiga en ti, ayunando tú porque ellas coman y sintiendo el frío porque ellas anden abrigadas.

Portándote así, *serás como nave de mercader que de lejos trae su pan en preciosas mercancías. Facta est quasi navis institoris de longe portans panem suum.* La nave del mercader todos los viajes dobla la ganancia, porque en un puerto coje las mercancías que allí abundan y se dan baratas, para llevarlas á otro puerto donde escasean y se venden caras; y aquí carga también de lo que sobra y vale poco, para llevarlo de regreso á su patria, donde lo ha de vender á precio alto, por ser cosa rara. Pues tal dice el Espíritu Santo que es la buena Prelada. Se embarca en la nave de la oración y navega hacia el cielo, llevando las oraciones, lágrimas, suspiros, penitencias, aficciones, trabajos y mortificaciones tuyas y de sus hijas, cosas que en la gloria se estiman mucho, por no haberlas allí; y de allá vuelve cargada de riquezas celestiales para su convento y de todo lo que sus hijas han menester. Enseñanzas divinas, ejemplos de virtud, doctrina celestial, bendiciones de lo alto, misericordias de Dios, dones del Espíritu Santo y cuanto se puede desear para provecho de las almas, todo lo trae ella en abundancia: y no sólo lo espiritual, sino hasta lo temporal, pues, si falta algo necesario en su monasterio, se embarca de nuevo en el bajel de la oración, hinche sus velas al soplo del Espíritu increado y muy en breve arriba á las playas ce-

lestiales, de donde vuelve cargada del pan para el cuerpo y para el alma. A esa región, abundantísima en bienes espirituales y corporales debes acudir siempre y no á las criaturas pobres y miserables. No pongas tu confianza en los bienhechores ni en los seculares, sino en Dios que es el que mueve sus corazones para que nos socorran ó se alejen de nosotros, según lo merecemos.

Si la Prelada es mujer de oración y tiene algunas súbditas que embarcadas en la misma nave no dejan de ir y venir de allá acá y de aquí allá, esté segura que no le faltará lo indispensable para la vida; antes al contrario lo tendrá tan abundante, que para poderlo repartir se habrá de levantar de noche y distribuir la porción más escogida entre sus hijas y la menos entre sus criadas. *De nocte surrexit, deditque pradam domesticis suis et cibaria ancillis suis.* Lo que Dios da á una Prelada, tanto en el orden espiritual como en el corporal, no se lo da precisamente para sí, sino para que lo reparta entre los suyos. Los consuelos divinos, los favores celestiales, los deseos de perfección y todo lo demás que sienta ella en su alma, lo debe comunicar á las súbditas, á cada una según su capacidad ó necesidad; á ésta más mortificación, á la otra más silencio, á esa más oración, á aquélla más consejo, sin olvidar á los mismos criados del monasterio, cuyo bien espiritual debe también procurar; y lo mismo debe hacer en lo temporal con todos, para que Dios sea en todos glorificado.

El Espíritu Santo hace un gran elogio de las ocupaciones de la mujer fuerte, dándonos á entender cuáles deben ser las de una Superiora, por estas palabras: *Consideravit agrum et emit eum: de fructu manuum suarum plantavit vineam.* Miró atentamente un campo y lo compró y con el fruto del trabajo de sus manos plantó

una viña. ¿Qué campo es éste que mira y considera con tanta atención la buena Prelada? No puede ser otro que el vasto y fértil campo de la perfección religiosa. En éste pone ella sus ojos, y no para hasta comprarlo y poseerlo, aunque le cueste desvelos, y lágrimas, y exhortaciones, y penitencias, y desprecios, y ayunos, y persecuciones y todo género de penalidades. Y cierto que todo lo puede dar por bien empleado, si logra apoderarse de él y apropiárselo para sí y para sus hijas, pues con su posesión le vendrán juntamente todos los bienes. Este campo lo compra la Prelada á todo trance, no para tenerlo baldío ni convertido en erial; sino para plantar en él una viña con el trabajo de sus manos. Todo el cuidado de la buena Prelada ha de ser, trabajar por convertir su convento en jardín de flores divinas, en viña fructífera de virtudes, donde el Amado venga á pasearse, á coger flores y frutos, á recrearse con la fragancia de unas y el sabor de otras. Sólo así tendrá contento al Esposo divino y sólo así podrá hacerle aquella amorosa invitación de la esposa de los cantares: "Ven, amado mío; salgamos al campo, levámonos temprano á pasear por la viña, veamos si la viña florece, si las vides están en ciernes y cuajan bien el fruto." Y si ella pone en esto todo su cuidado, tenga por seguro que Jesucristo morará en su convento y en cada una de sus religiosas.

Pero ¿qué fin se propone esta mujer fuerte al plantar tal viña? Pues no otro que el de coger abundante cosecha, para brindar á su Amado con el vino del amor. ¡Amor de Dios! he aquí el fruto que produce el campo de la perfección y la viña en él plantada; á conseguirlo debe ella dirigir todos sus esfuerzos y no parar hasta ver á sus religiosas ardiendo en amor divino y rebosando amor de Dios por todas partes, medio el más poderoso que existe para hacernos santos.

Guarda bien esta preciosa cosecha y llena con ella todas las oficinas del convento. Las celdas estén llenas de amor de Dios, el claustro respire amor, el coro rebose en amor y la casa toda arda en llamas de ese amor divino. Para esto debe la Prelada velar mucho por su viña, cercarla bien con el vallado de la observancia, podar sus cepas con la hoz de la mortificación, guardar bien los racimos bajo las hojas para que el sol no los quemé y alejar de los locutorios á los zánganos y avispa para que no se coman el fruto; porque si ellos se lo comen y no da la viña fruto para Dios, ya tiene Él leída la sentencia contra ella: "Le quitaré la cerca para que sea pisada de los transeuntes; nacerán en su suelo zarzas y mandaré á las nubes del cielo que no lluevan sobre ella." (Isa. 6.) Pues de esta maldición tan terrible libra la Prelada á su convento, procurando que en él se ame y sirva á Dios con perfección.

Otra condición que ha de tener la buena Prelada, es ser castísima y mortificada, como lo indica el verso siguiente: *Accinxit fortitudine lumbos suos et roboravit brachium suum. Cínóse* con fortaleza los costados y armó su brazo para la penitencia. La mortificación y la castidad son dos virtudes inseparables y es de grandísima importancia que la Prelada brille y resplandezca en ambas, siendo pura como un ángel y mortificada como una santa. Y para esto es menester domar la carne con el cilicio, armar el brazo con la disciplina, mortificar los sentidos y reprimir los deseos del corazón y la vana curiosidad. ¡Ay de la Superiora inmortificada que anda averiguando quién entra y quién sale, siempre ociosa, acariciando al gatito, ó á la perrita, preguntando quién fué á los toros y qué vió, cuándo se casa fulanita ó la otra, dando rienda suelta á sus apetitos y pasiones, comiendo á deshora, hablando siempre y andando á sus anchuras! ¡Esa no sirve para

Prelada ni quien tal vió! La que sirve es la que ama la mortificación y la castidad, el retiro y el silencio, la disciplina y el cilicio, con los cuales doma su cuerpo con fortaleza, como dice el texto. La que esto hace es la que gusta y ve que anda bien su negocio y que su luz no se extingue de noche. *Gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus: non extinguetur in nocte lucerna ejus.*

Estas palabras dicen que el negocio de la Prelada es acrecentar la hacienda de Dios y de sus hijas, procurando que éstas sirvan á Él con toda perfección, que tengan paz entre sí y vivan alegres y consoladas en la casa del Señor. Y cuando hay esa paz y esa alegría y con ellas observancia, fervor, mortificación y amor de Dios, entonces entiende la Prelada que su negocio anda viento en popa y recibe de eso un gusto y un consuelo grandísimo, porque ve que no le faltará luz durante la noche. Noche se llama aquí á las tribulaciones, contratiempos, amarguras y aflicciones con que Dios sabe probar á veces la virtud de las religiosas: y cuando esta noche de la tribulación viene sobre su Comunidad ó sobre alguna de sus hijas, entonces es cuando más brilla la antorcha de la Prelada, mostrándose modelo de fortaleza y de conformidad con la voluntad divina, animando á unas, consolando á otras, edificando á todas con su prudencia y su virtud. Ha de portarse como valerosa capitana, esforzando á su tímida hueste con santas exhortaciones, con palabras vivas y eficaces, para que ellas, animadas y guiadas por su Madre consigan victoria de todos sus enemigos visibles é invisibles.

También es obligación de la buena Prelada, extender su mano á cosas fuertes, y emplear sus dedos en el trabajo del huso. *Manum suam misit ad fortia et digiti ejus apprenderunt fusum.* La cosa más fuerte y más grande que una criatura puede hacer en esta vida es